
EL PAPEL PARADÓJICO
DE LA TEORÍA EVOLUTIVA
EN LA CONSTRUCCIÓN
DE LA ÉTICA SOCIAL

HERNÁN ANDRÉS BURBANO ROA

La teoría evolutiva darwinista debió haber propiciado la “abdicación” forzada del ser humano como regente hereditario y absoluto del reino natural, del hombre imagen especular e hijo legítimo del Dios de la tradición monoteísta judeo-cristiana, se pasaba a uno emparentado con bestias harto diferentes —al menos en apariencia— de los científicos, clérigos y nobles de la Inglaterra victoriana. La reticencia a aceptar algo que de mera hipótesis se ha convertido en hecho fue —en general— y sigue siendo —al menos en algunos círculos— grande y reaccionaria. Los motivos subyacentes a la indignación del obispo Wilberforce no se diferencian en mucho a los de los defensores modernos del diseñador inteligente. La revolución darwinista del mundo natural debió haber sido también un golpe contra las estructuras de poder reinantes; la contingencia del proceso debió hacer que reyes y jefes de todo tipo no pudieran apelar a ningún tipo de designio divino. Desde el punto de vista netamente científico y tal como le respondió Laplace a Napoleón I, Dios no era necesario para explicar el origen del orden natural. Entonces, como señaló Monod, estaría rota la antigua alianza. Según este autor: “el hombre sabe al fin que está solo en la inmensidad indiferente del universo donde ha emergido por azar. Igual que su destino, su deber no está escrito en ninguna parte. A él le toca escoger entre el reino y las tinieblas”.

De forma contraria a la formulación de Monod, el descenso del hombre al mundo natural producto de su ascenso evolutivo alejó a éste de la sobrenaturaleza del ser y lo insertó en el devenir junto con el resto de la naturaleza. Aunque el surgimiento del hombre sea contingente y carente de propósito, éste se vuelve el resultado de un continuo que se inicia en el mundo físico, pasa por el químico y termina en el biológico. Así, terminan para el fenómeno vida —en general— y para el hombre —en particular— 3.8 billones de años de soledad; el ser humano naturalizado se siente acompañado del resto del universo y su agencia le permite forjar su

Departamento de Biología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia. /
ilcelivago@yahoo.co.uk

Última colaboración en *Ludus Vitalis*: “Cuasiespecies víricas. Vida, evolución y catástrofes”,
vol. XII, num. 22, 2004, pp. 39-59.

destino y formular de modo consensual cuál tendría que ser su deber. A pesar de estas profundas implicaciones sociales derivadas de la teoría evolutiva el hombre no abdicó. El afán de control y dominio sobre la naturaleza inyectado por la filosofía de Bacon primó, tanto así que conceptos como protección o conservación ambiental y desarrollo sostenible, los cuales deberían haber surgido coetáneamente con la teoría darwinista de la evolución, tardaron cien años en aparecer.

De otra parte, asociaciones entre la teoría evolutiva darwinista y el comportamiento social aparecieron de forma casi inmediata; sería mejor señalar que ideas desarrolladas en el campo socioeconómico retomaron fortalecidas con fundamentos biológico-científicos. A pesar de sus creadores, las analogías saltan siempre impudicamente de un campo de conocimiento a otro como liebres fuera de control. Conceptos como la escasez de recursos, la oferta, el exceso de población, la demanda, la lucha por la existencia, la supervivencia del más apto, la extinción del más débil, la selección natural y la mano invisible del mercado iban y venían del campo económico al biológico y del biológico al económico creando bucles de retroalimentación a veces tácitos y otras veces explícitos. El mundo de las sociedades humanas, aunque resultado del continuo ya referido presenta propiedades y restricciones inherentes a su propia dinámica; el desconocimiento de la idiosincrasia del mundo social genera corrientes como la sociobiológica, la cual explica y justifica comportamientos como meros resultados de atavismos netamente biológicos. La aplicación de la Navaja de Occam, como señaló Einstein, debe tener límites: simple pero no tan simple; el asesinato, el incesto o la aparición de determinados comportamientos sociales no pueden ser solamente explicadas ni por medio de la supervivencia del más apto ni a través de la ley de la gravitación universal. El determinismo biológico ha demostrado ser acarreador de tragedias lamentables.

La inyección conceptual a la teoría evolutiva proveniente de la biología molecular junto con la "fetichización" del concepto de gen merecen una mención especial. Las bases moleculares de la herencia que tanto atormentaron a Darwin fueron develadas de forma exhaustiva a lo largo del siglo XX, el genocentrismo se instauró como doctrina. Dada la preminencia del concepto gen, no tardó en surgir el determinismo genético como hijo legítimo del ya mencionado determinismo biológico; de esta forma la herencia genética se convirtió en absolución o condena. El errado determinismo genético se erige como una justificación de la desigualdad social, como la base biológica de la exclusión y de la distribución en extremo inequitativa de la riqueza. La mala interpretación de estos hallazgos científicos genera pesadillas eugenésicas.

Un análisis general de las sociedades del siglo XXI muestra cómo las estructuras de poder reinantes —cualesquiera que sean— han hecho

abortar y han moldeado de forma parcial aquello que hubiera podido suceder con la revolución darwiniana en la formación de una ética social. Las interpretaciones sesgadas en el campo social han hecho de la teoría evolutiva una justificación para la inequidad; como sugiere Brian Goodwin en el campo puramente biológico, aquí se considera que las metáforas de conflicto, competencia, genes egoístas o picos dentro de relieves adaptativos son deletéreas al nivel de sociedad. De acuerdo con él "no es cuestión de ser 'mejor qué'; es simplemente cuestión de encontrar un lugar donde poder ser uno mismo".

Urge, entonces, un proceso de alfabetización evolutiva que propenda por un ser humano naturalizado y contingente. Un ser perteneciente a un continuo planetario y cósmico, por ende protector de los recursos naturales y con conciencia sostenible al imaginar el futuro. Un proceso de alfabetización que evite justificar la inequidad, el atropello y la exclusión con bases biológicas. Una alfabetización que muestre las consecuencias trágicas de los determinismos absolutos y dogmáticos. Volviendo a lo sugerido por Monod, la antigua alianza puede estar rota pero los hechos nos muestran que no nos queda otro camino que rechazar las tinieblas y construir un nuevo reino.